

EL ACTOR LUCAS BILBO

ÀNGEL BURGAS



edebé

periscopio

EL ACTOR LUCAS BILBO

ÀNGEL BURGAS

EL ACTOR LUCAS BILBO



edebé

Título original: *L'actor Lucas Bilbo*

Traducción: Elisenda Vergés-Bó y Reina Duarte

© Àngel Burgas, 2017

© Ed. Cast.: Edebé, 2017

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte

Editora de Literatura Juvenil: Elena Valencia

Diseño de colección: BOOK & LOOK

Fotografía de cubierta: Shutterstock

1.ª edición, marzo 2017

ISBN: 978-84-683-3130-0

Depósito legal: B. 1948-2017

Impreso en España

Printed in Spain

EGS - Rosario, 2 - Barcelona

*Para T. L., por su valor y coraje
a la hora de preparar una caja.*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

EL ACTOR LUCAS BILBO

La primera vez que Lucas Bilbo pisó un escenario lo hizo vestido de árbol. Su madre había usado un metro de espuma de tapizar, la había rociado con un espray verde y le había pegado unos círculos de cartulina marrón para simular las rugosidades de la corteza del tronco. El día anterior a la función, la mujer se dedicó a enrollar la espuma hasta convertirla en un cilindro en cuyo interior cabía el delgado cuerpo de Lucas. El cilindro-tronco le cubría desde el pecho a los tobillos, así que le resultaba enormemente difícil caminar: de hecho, con el disfraz puesto, solo podía avanzar dando pasitos muy cortos, igual que cuando iba de puntillas.

—No te preocupes —le había tranquilizado su madre—. Estaré contigo detrás del escenario y te ayudaré a ponerte el disfraz antes de salir.

Para los pies se calzaría unas viejas zapatillas deportivas que su madre también había pintado con el espray verde y, en el cuerpo, llevaría una camiseta marrón de manga larga (la única pieza que su madre había comprado para la ocasión y, por tanto, el único elemento no reciclado del conjunto). Como remate, en cada mano sujetaría una pequeña rama natural bien florida, mientras que en la cabeza, por indicación de la profesora

de teatro, él y todos los niños y las niñas que hacían de árbol lucirían una peluca de rizos de color verde que la misma profesora había comprado en un bazar chino.

En la tercera escena del espectáculo, las luces se fundían en negro y todo quedaba a oscuras. Era entonces cuando los niños y niñas árbol salían de detrás de las cortinas y se colocaban en posición. Lucas recuerda que eran cinco. El público no veía cómo corrían ridículamente de puntillas hasta la marca que la profesora había pegado en el suelo con cinta aislante fosforescente y, cuando los focos se encendían de nuevo, ellos ya estaban moviendo los brazos con las pequeñas ramas sin desplazar el torso.

Evidentemente, este primer personaje que interpretó Lucas no tenía texto. Un árbol no habla, al menos en la función que representaron en su colegio. Todo lo que tenía que hacer era mover los brazos en alto, como si saludara. No podía hablar ni hacer ningún ruido. Él respetó escrupulosamente las indicaciones. Quien no lo hizo fue el árbol de al lado: Luis Leirado. Durante la escena de los árboles, Lucas escuchó cómo Luis bostezaba (tres veces), se tiraba un pedo (dos veces) y soltaba un eructo (solo uno, pero tan audible que los espectadores de las primeras filas se rieron).

De fondo sonaba una pieza de música clásica que descendía de volumen cuando los actores con texto comenzaban sus diálogos. Aquel día Lucas envidió a los actores con texto, uno de los cuales era Sonia, una amiga suya. Además, había sido idea de Sonia que Lucas se apuntase a las clases extraescolares de teatro que organizaba el colegio.

—Quizás no te den un papel importante, pero por algo se empieza —le había advertido la niña.

No, desde luego un papel importante no le dieron. Un árbol en medio de un grupo de cinco árboles en una única escena en la cual los árboles no hablaban no era un papel importante. Su minuto de gloria, por decirlo de alguna manera, comenzaba cuando uno de los actores con texto se escondía detrás de él. La profesora podía haber escogido a cualquiera de los otros cuatro árboles para que aquel actor se camuflase detrás, pero eligió a Lucas. Al árbol Lucas. Los espectadores se fijaron en él a la fuerza, ya que el actor que se ocultaba era el protagonista de la obra. El asunto consistía en que los niños actores se despistaban y el niño protagonista corría a ocultarse detrás del árbol. Los otros lo buscaban y lo llamaban, y por eso el público miraba hacia el árbol detrás del cual se había escondido. La escena del escondite duraba un minuto. Luego, el niño salía de detrás de él y la obra continuaba. Por eso Lucas siempre hablaba de su «minuto de gloria».

Fue un minuto que se le hizo eterno. Un minuto que, para el actor-árbol Lucas, duró como una hora. Y no fue por pensar que los ojos del público estarían clavados en su figura arbórea, sino porque el niño que se escondía detrás de él resultó ser su mayor enemigo del colegio, Alfredo Ciurana, y durante su minuto de gloria, Alfredo (o Freddy, como lo llamaban) aprovechó para hacer dos cosas muy mezquinas. La primera fue amenazarlo con un monólogo estremecedor murmurado en voz baja al oído, un discurso al cual Lucas no podía responder, porque era un árbol y en aquella función los árboles no hablaban.

—A los niños tontos que no sabéis actuar os han dado este papel de porquería. Un árbol... ¡Menudo papelón! Yo, en cambio, soy el protagonista. Los idiotas nunca llegaréis a ser protagonistas de nada. Y por cierto... —y aquí vino la segunda cosa mezquina que hizo Freddy—, que sepas que me estoy meando en ti desde que me he colocado aquí. Lo siento, chaval, no he podido aguantarme las ganas y he aprovechado tu personaje.

Lucas, con los ojos abiertos como platos, bajó la cabeza y descubrió, alarmado, un charco de pis que no solo había mojado la parte inferior de su disfraz de tronco, sino que empezaba a esparcirse alrededor de sus pies. A continuación, rojo como un tomate, giró la cabeza a la derecha y buscó con los ojos la figura de la profesora, que hacía de apuntadora entre las cortinas laterales. La mujer había dejado de leer los folios que tenía en la mano y miraba, avergonzada, la micción del protagonista contra el árbol detrás del cual se escondía. La profesora abrió mucho la boca, se llevó el dedo índice a la sien y lo hizo girar para indicarle a Freddy que le faltaba un tornillo. Pero estaban en plena función, y ni la profesora podía hacer nada ni Lucas podía apartarse del meón o echar a correr asqueado por la acción de su compañero.

Cuando Freddy salió por fin de detrás del árbol, los otros niños y niñas actores dijeron lo que tenían que decir, pero sin quitar los ojos del charco de pis que se extendía a los pies de Lucas. Los silencios, la interrupción del texto y, sobre todo, las miradas acabaron por alertar a los espectadores, que, de pronto, también

fueron conscientes de lo que pasaba. Bueno, no descubrieron la fechoría, sino que encima malinterpretaron lo que había sucedido: estaban convencidos de que era el árbol quien se había meado, y no el niño que estaba escondido detrás.

«¡Han regado el árbol!», oyó exclamar Lucas a un espectador de la primera fila. Y después todo fueron risas y aplausos. Era gracioso y divertido y comprensible que un niño de siete años se hiciera pipí a causa de los nervios. Por eso, los espectadores no dejaron de aplaudir mientras acababa la escena, los protagonistas desaparecían y los focos se apagaban. Y continuaron riendo cuando, en la penumbra, se distinguió perfectamente desde la platea cómo la profesora limpiaba con la fregona el charco de pipí. Todos los árboles habían abandonado el escenario; todos menos uno: Lucas, incapaz de reaccionar. La profesora, a oscuras, le dijo que se fuera, que ella tenía que fregar aquel estropicio.

—Yo no... —tartamudeó Lucas.

—Ya lo sé. ¡Vamos, ve a cambiarte! —murmuró la mujer.

El 15 de octubre de 2024, después de la función diaria en el Teatro Nacional, a Lucas Bilbo le costó reconocer a una de las personas que esperaban a los actores en el *hall* del teatro para felicitarlos y pedirles un autógrafo o intentar hacerse una fotografía con ellos.

—Hola, Lucas. No sé si te acuerdas de mí... —le dijo un joven.

Lucas se acababa de fotografiar con tres mujeres de unos cuarenta años que decían ser sus fans desde el inicio de su carrera. «Te hemos seguido desde que empezaste, no nos hemos perdido ninguna de tus obras», le había dicho una de ellas. «Yo he visto más de tres veces todas tus películas», había añadido otra.

—Me suena tu cara —reconoció el actor a ese joven de su edad que le alargaba una hoja para que se la firmase.

—Fuimos juntos al colegio. ¡Hace un montón de años, claro!

—¿Para quién es la dedicatoria? —preguntó Lucas, más pendiente de una pareja de amigos suyos que le esperaban para ir a cenar juntos.

—Para mí. Soy Alfredo Ciurana. De pequeño me llamaban Freddy. Te estoy hablando de hace muchos años —insistió el joven—, en Primaria.

—Freddy... Ahora no caigo... —mintió Lucas.

Todo pasó velozmente por su mente. De pronto, el cansancio por el esfuerzo, el éxito de la función de aquella tarde e incluso las ganas de encontrarse con sus amigos quedaron en un segundo plano. Freddy. El árbol. La amenaza al orinarse en él y, sobre todo, el ridículo. Mientras escribía una tópica dedicatoria con el bolígrafo que el otro le cedió, Lucas puso en marcha su mente, primero exaltado, después con una ironía liberadora y, finalmente, de manera resolutiva, una palabra se hizo reina y señora de su pensamiento: *VENGANZA*.

—He visto alguna peli tuya por la tele. Al cine no suelo ir. Ya sabes..., el trabajo, la familia... Mi hijo mayor quiere ser actor.

—Me alegro —dijo Lucas, y después de una pausa, mientras fingía que lo miraba detenidamente, añadió—: Freddy Ciurana... Pues lo siento, ahora mismo no me acuerdo de ti.

—¡Estamos hablando de hace una eternidad! —insistía el otro—. ¡Tú debes de conocer a mucha gente! ¡La vida te ha tratado bien!

—No me puedo quejar. Oye, tengo unas fotos promocionales que igual le gustarían a tu hijo, el que quiere ser actor. Puedo dedicarle una y así te agradezco que hayas venido a ver la función.

—¡Claro, al chaval le encantaría! ¡Fardará un montón en el cole!

—Las tengo en el camerino. ¿Te molesta acompañarme? —propuso Lucas, y se volvió hacia los amigos que lo esperaban—: Vuelvo enseguida. Voy a buscar una cosa para este conocido de la infancia.

Freddy Ciurana no paró de hablar mientras avanzaban por el pasillo del teatro que comunicaba el vestíbulo con los camerinos: el trabajo que tenía, lo bien que se había casado... Lucas Bilbo solo respondía con monosílabos o decía «hum» y «ajá».

—Y mira que a mí lo del teatro me encantaba. Si me parece que incluso habíamos actuado juntos en alguna obra del colegio. Luego, en el instituto lo dejé correr. Ya sabes, me surgieron otros intereses: las chicas, los motos..., y lo de la actuación..., no sé... ¡Pero de pequeño la gente decía que yo tenía dotes para la interpretación!

Quedaban pocos actores de la función en los camerinos, los que siempre tardaban más porque se duchaban y charlaban antes de abandonar el teatro. Lucas sabía

que la magia de la representación tenía su punto álgido durante la función. El actor entonces era alguien; reclamaba la atención de un público entregado. Los focos lo iluminaban, los aplausos se dirigían a él. Pero, al terminar, aquella bola de luz se extinguía. Como mucho, saludabas a algún espectador a la salida, te dejabas hacer unas fotos y recibías muestras de admiración. Sin embargo, en cuanto ponías los dos pies fuera del local, volvías a ser una persona anónima. Estabas solo, y ante ti se abría la vida normal (sin focos, sin aplausos ni halagos) que vive el resto de la humanidad. Por eso algunos actores, quizás inconscientemente, trataban de alargar todo lo posible esos momentos de magia antes de convertirse en gente corriente.

El camerino que Lucas compartía con otros dos compañeros estaba vacío. Encendió la luz, invitó a pasar a Freddy Ciurana y simuló buscar las fotos por los cajones de la mesa, en cuya superficie se amontonaban pinturas de maquillaje, los bigotes postizos que llevaba al final de la función, botellas de agua y bolsitas de frutos secos que consumía cuando no estaba en escena.

—Espérame aquí, Freddy —le dijo a su excompañero de colegio—. Debo de tenerlas en otro camerino.

Lucas salió y dejó a Ciurana solo. Entró en el camerino de al lado, donde los compañeros rezagados estaban acabando de cambiarse, y solo hizo una pregunta general:

—¿Alguien tiene ganas de gastar una broma?

Santi, el ayudante de dirección, vestido con el uniforme de policía que Pere Ribes llevaba durante la

función, entró en el camerino donde Ciurana estaba esperando.

—¿Qué está haciendo usted aquí? —le preguntó.

—Hola, estoy esperando a Lucas Bil...

—¿¡Qué demonios está haciendo usted aquí!?! —insistió Santi de malas maneras, y enseguida habló por un *walkie-talkie*—: ¿Seguridad? Sí, me parece que le hemos pillado. Está en el camerino tres.

—Pero qué... —dijo, alarmado, Freddy Ciurana—. Yo...

—¡No te muevas, desgraciado! Hacía días que tenía yo ganas de echarte el guante.

—Pero si yo...

—¡Calla! Y no intentes escapar. En pie, de cara a la pared.

—Es que...

—¡De cara a la pared he dicho! Y las manos arriba. Te voy a registrar de arriba abajo a ver qué pretendías llevarte hoy...

Mientras tanto, Lucas Bilbo cenaba ya con sus amigos en un restaurante griego y, a ratos, sonreía imaginando la cara de idiota que se le debía de haber quedado a Freddy Ciurana. Santi le había llamado al móvil unos minutos antes para decirle que el tipo casi se había meado encima del susto, y que no había dicho ni palabra cuando él, en teoría un policía, le había pedido disculpas por haberlo confundido con un ladrón al que seguía la pista; había salido a toda prisa del teatro por la puerta de detrás y sin foto dedicada. Recordó también, con un poco de compasión, la bronca que recibió Freddy de la profesora de teatro al día

siguiente de la función, y las tres semanas sin recreo que le cayeron como castigo, además de la obligación de pedir públicamente perdón a Lucas Bilbo.

—¿Y qué más tienes que decirle a Lucas, Freddy? —insistió la profesora delante de toda la clase.

—Que en la próxima función te cedo mi papel de protagonista —respondió Freddy con voz débil—. Y yo haré de árbol.

—¡Claro que sí! ¡O a lo mejor te doy el papel de piedra! —zanjó la profesora.

Y así empezó a crecer la pasión de Lucas Bilbo por el teatro durante su etapa escolar. Y fue en el instituto, ya en Secundaria, cuando su afición se consolidó y sucedieron los hechos que son el tema central de esta historia que aquí será narrada.

El profesor de teatro no formaba parte de la plantilla fija de docentes del instituto. La actividad teatral era considerada una asignatura extraescolar, pero contaba para la nota de los alumnos que la realizaban en la asignatura de Lengua y Literatura. Las obras que trabajaban en el taller de teatro podían ser de creación propia (el profesor y los alumnos escribían un texto y definían las escenas y los personajes), o bien adaptaciones más o menos completas de obras ya existentes. En este segundo caso, las obras podían ser incluso en inglés. Según la lengua elegida, por participar en el grupo de teatro más el informe que el profesor emitía de cada uno, te subía la nota también en Inglés. Por ejemplo, podías ir flojo en Inglés y rascar un cinco pelado, pero si preparabas una obra en la lengua de Shakespeare, la nota media en esta materia mejoraba considerablemente.

Siempre había alumnos que se quejaban de esta deferencia, pero como respuesta los tutores los animaban a ellos a participar en el grupo de teatro para beneficiarse también en las calificaciones. Sin embargo, como ya hemos dicho, la actividad teatral era extraescolar, se realizaba dos tardes a la semana a partir de las cinco y media, y la mayoría de los que se quejaban prefería